

Antonio Orihuela

ANTONIO ORIHUELA (Moguer, 1965). Doctor en Historia por la Universidad de Sevilla. Últimos libros publicados: *Lo que piensa la ballena del arponero* (LF Edt Béjar, 2001), *Piedra, corazón del mundo* (Germanía. Valencia, 2001). En Internet se puede consultar la antología *Comiendo Tierra*, (www.babab.com/biblioteca). Coordina los Encuentros de Poetas *Voces del extremo* de la Fundación Juan Ramón Jiménez desde 1999.

Memoria del cambio

La choza que nos dibujaste aquella tarde,
con su hombre primitivo y todo,
la excavé yo treinta años más tarde.

No creo que nadie soñara entonces con corbatas
o morir joven sobre la primera moto que nos prometían
si llegábamos a bachillerato.

Estábamos pendientes del verano
y el humo del primer amor
y su sabor a tabaco.

Oíamos las proezas de los otros
ávidos de que fueran ciertas,
y mientras llegaba nuestra hora
nos entrenábamos
con la única literatura que apreciábamos,
revistas pornográficas
con accesorios comentarios de texto
que ninguno nos tomábamos la molestia de leer.

Moría Franco
y nosotros, afortunadamente, no teníamos ni puta idea de política,
no tuvimos que correr delante de los grises
para justificar después
habernos convertido en pequeños fascistas,
porque, al fin y al cabo, sólo de pequeño fascista se puede seguir soñando
con pagar los plazos de una segunda vivienda.

Nuestras traiciones, también afortunadamente,
no tendrían como escenario ninguna idea por la que vivir,
sino algún cuerpo en el que morir
de gusto,
o abrazados, bailando
je t'aime, mais non plus...
y ellas, que no sabían francés, ofrecían sus bocas
mientras nos mentíamos que aquello era para siempre,
para el fin de semana,
porque el lunes era una fórmula matemática,
y el martes una carrera alrededor del instituto,
y el miércoles una interminable clase de religión,
y el jueves era la monotonía de la química
que precede a las noches brillantes
donde volvíamos a amarnos
ajenos a estados de excepción,



golpes de estado en Suresnes
y al paraíso que los altavoces instalados en los Dyane's
decían que estaban forjando para nosotros.

Nuestra realidad, afortunadamente, era otra,
un estado perfecto y fugitivo,
un mundo fantástico que resultó,
a medida que fue desvelando sus misterios,
irreparable.

Como la choza aquella que,
en nuestro primer año de escuela,
nos dibujaste,

la misma que treinta años después excavé
para constatar que también tu dibujo
era mentira.

Miedo a tener más miedo

A nadie importa la opresión, sino el precio al que pagan la hora.
La tierra, sino la renta.
El mar, mientras puedan bañarse.
Las animales, mientras puedan comerse.
Los pobres, mientras queden lejos...

A nadie importa una mierda el río,
mientras les engañen diciéndoles que de puta madre.
Las pilas, mientras no estén gastadas.
Las ratas, mientras no aniden en sus casas.
Las causas de una huelga, sino el retraso del autobús.
La reforma laboral, sino el próximo concierto.
La capa de ozono, sino la velocidad de su bólido.
La política, sino la pasta que se puede sacar en ella.
La tolerancia, sino si el vecino está limpio...

Como si los pantalones no fueran los nuestros,
a nadie importa que sigamos
meando contra el viento,
mientras aguante la tela.

Dejemos de pensar nuestra vida en términos de materia prima a la que extraer plusvalía y empecemos a vivirla como vida con sentido (sentido que afirme, incluso, la posibilidad del libre sinsentido). Tengamos el valor de usarla enajenada de su valor de compra y sumisión, trabajando en prácticas que nos ayuden a recuperar tiempo de vida, denunciando e intentando eliminar las relaciones de explotación y profundizando en la democratización de la vida pública. Cualquier herramienta es buena, como la poesía rescatada de la muerte del arte y revivida para nuestro nuevo vivir. Ella nos puede ayudar a crecer, a alcanzar la vida auténtica mientras hacemos el auténtico arte de nuestro tiempo: la libre producción de acontecimientos, de acciones relevantes, perturbadoras y significativas desde las que construirnos individual y colectivamente, generando nuevas identidades y conciencias sociales, transformándonos, en tanto energía antagónica, en una fuerza comprometida en la potenciación de la emancipación autoconsciente de todos los seres humanos.

Como nombrar dos autores tendría mucho de subjetivo, aleatorio y sobre todo injusto, he preferido citar algunos libros de los publicados estos últimos tres años que considero estarían dentro de esta corriente de la poesía de la conciencia crítica, pido perdón por las omisiones y por las inclusiones que no gusten a sus propios autores: *Poemas de andar por casa*, de Juanjo Barral; *La semana fantástica*, de Fernando Beltrán; *Berenjenas pa los pavos*, de Heladio Horta; *La carretera roja*, de David González; *Dulcinea en Manhattan*, de Verónica Pedemonte; *La estación vacía*, de Jorge Riechmann; *Taller*, de Vicent Camps; *Miedo a ser escarcha*; de David Eloy Rodríguez; *Pasto de las llamas*, de José A. Gallardo; *El imperio sobre nada*, de Daniel Macías Díaz; *Los muertos nómadas*, de Isabel Pérez Montalbán; *Si te duele al tragarse*, de Ramón Santana; *Poesía Armada*, de Antonio de Padua Díaz y *Los días contados*, de Uberto Stabile.